

TINDAYA, LA MONTAÑA

TEXTO DE **Javier Durán**

Tindaya espera a Chillida, y el escultor se acerca a la montaña de Fuerteventura por un camino tortuoso, poblado de negociaciones, trámites, acuerdos, desavenencias políticas y denuncias de los ecologistas... Sin embargo, el objetivo cada vez está más cerca: su obra ya tiene presupuesto (8.000 millones), plazo de ejecución, y hasta lo que van a pagar en el año 2002 cada uno de los 473.330 visitantes (1.000 pesetas por cabeza) que entrarán en las entrañas de la montaña, según las previsiones del Gobierno de Canarias. El consenso entre naturaleza, arte, industria y rentabilidad turística marca la ruta de Chillida hacia Tindaya.

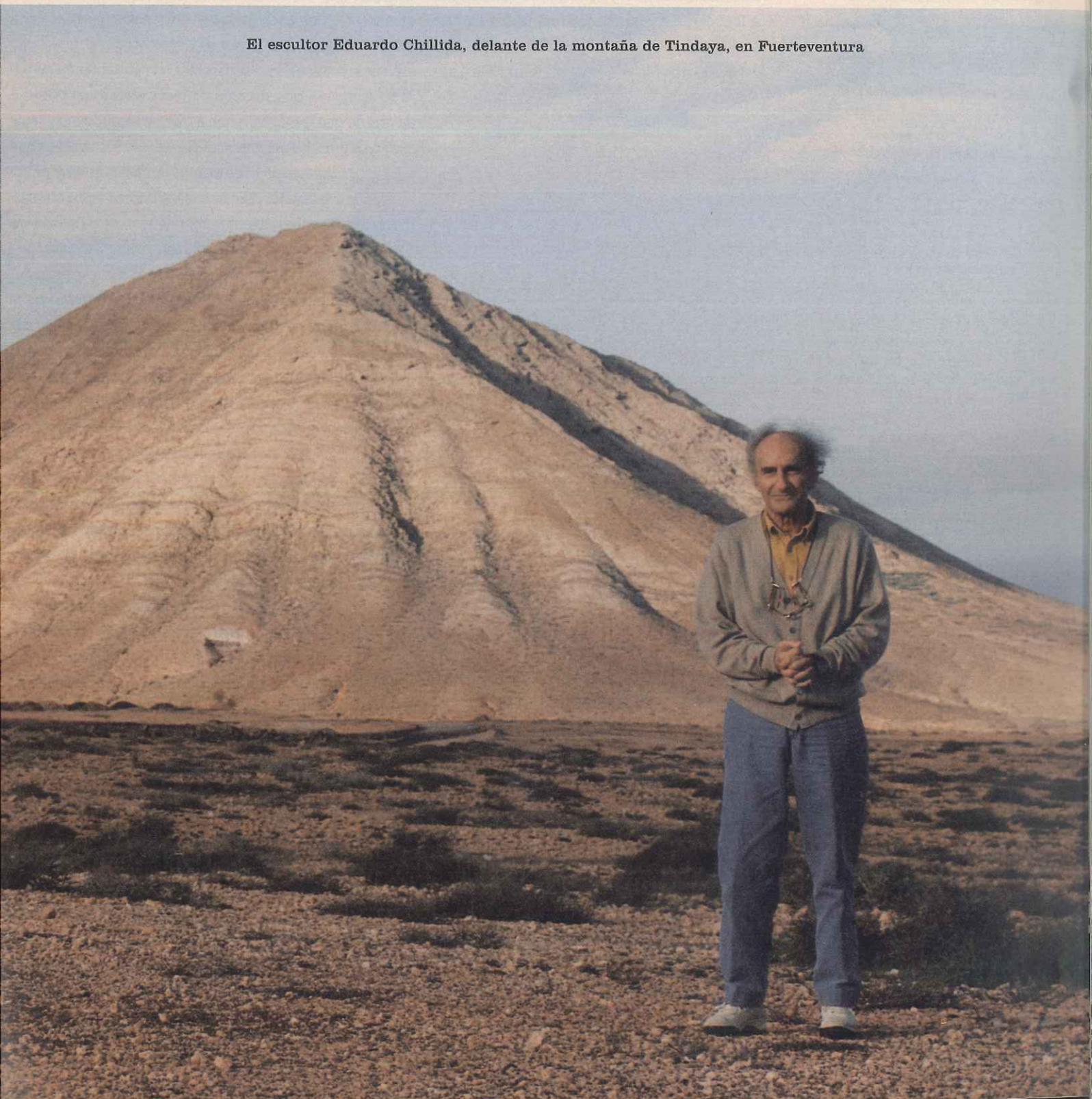
"Esta isla... Tiene un estilo esquelético... Toda la solemne desnudez ósea es autobiográfica. Con esta desnudez, Fuerteventura describe su propia vida, se describe a sí misma", escribió Unamuno ("Biografía y Biología", 22/VI/1924) de la isla donde fue confinado por el general Primo de Rivera y de la que se evadió con destino a París en 1924. Otro vasco, más de setenta años después, llegó a esta isla del archipiélago canario para descubrir al mundo el abandono a que estaba sometida la montaña de Tindaya, en el municipio de La Oliva, con una bella piedra en sus entrañas que venía siendo utilizada como ornamento de las fachadas de muchos edificios. El autor de "Elogio del horizonte" se unía con su presencia a un proyecto para frenar el deterioro paisajístico y cultural de un enclave situado a 400,48 metros sobre el nivel del mar. Su →

JESUS URIARTE

A DE CHILLIDA

Tindaya es hoy una montaña deteriorada por la industria minera cuyo futuro pasa por reencontrarse con sus leyendas míticas, religiosas y astronómicas. El proyecto del escultor Eduardo Chillida busca crear un espacio interior que permita al ser humano mirar al universo y al horizonte sintiéndose al mismo tiempo en el corazón de la tierra

El escultor Eduardo Chillida, delante de la montaña de Tindaya, en Fuerteventura



intervención suponía alcanzar un pacto con los canteros, que serían dirigidos por el escultor hasta lograr en el interior de la tierra una forma colosal que llegaría hasta a intimidar al hombre que penetrase en ella. Chillida siempre habló de un sueño; hoy, sin embargo, el futuro de Tindaya no está sólo en la mente del artista. Hay una adjudicación reciente de la obra y un equipo de geólogos e ingenieros redacta un proyecto. Quizá sea la última gran obra y la que más esfuerzos necesitará del escultor vasco. También es la que más sinsabores le viene acarreado debido a los ataques y amenazas furibundas de los ecologistas.

El idilio a pie de tierra comenzó en 1994. Los

sonidos de la megafonía poco dejaban oír en uno de los salones del hotel. Cientos de alemanes recibían en su idioma instrucciones de una guía para afrontar el recorrido por las playas de Fuerteventura. Eduardo Chillida miraba estupefacto aquella fauna pertrechada con cámaras de fotos y de vídeo, bronceadores y gafas de sol que iban de un lado para otro. El escultor había llegado a la isla con su esposa y el ingeniero José Antonio Fernández Ordóñez para conocer si era cierto lo que le habían dicho en San Sebastián: "En Fuerteventura tienes la montaña que buscas". Como cicerones estaban los animadores de la idea: el arquitecto José Miguel Fernández Aceytuno y su colaboradora Yovanka Vaccari, redactores de un plan especial -encargado por la dirección general de Patrimonio Histórico- para recuperar Tindaya, que venía siendo explotada por una empresa minera con importantes daños para su fisonomía. Su uso como cantera convivía con la leyenda oral de que la montaña había sido un lugar "para la realización de prácticas religiosas y ritos satánicos", hipótesis que se unen a la presencia física de más de cien grabados podomorfos de procedencia aún no explicada localizados en su cima, restos de enterramientos aborígenes y otros grupos de estructuras domésticas y ganaderas.

Arte en las entrañas de FUERTEVENTURA

Chillida prevé la construcción de una nave cúbica en el interior de la montaña aprovechando los trabajos de extracción de piedra que se siguen produciendo en Tindaya. El cubo tendría 40 metros de lado y a él se accedería por una galería de 16x16 metros de sección y de unos 100 de longitud. En el interior, dos aberturas en forma de chimenea y de una altura de 50 metros (una, de 16x16 metros de sección y la otra, de 16x24 metros) permitirían la entrada de la luz



El primer viaje de Chillida a Fuerteventura llevaba consigo una inflexión histórica en el despojo tanto cultural como paisajístico que sufría Tindaya, pese a los esfuerzos desarrollados a través de una tan inservible como laberíntica regulación proteccionista que la declaraba monumento histórico-artístico en 1983, paraje natural de interés nacional en 1987 y espacio natural protegido con rango de monumento natural en 1994, y siempre, como trasfondo, la continuidad de la explotación de sus recursos mineros. Esta pugna entre industria y naturaleza se encuentra con la tradición de la obra del autor de "Peines del viento", un discurso obsesivamente marcado por acceder al vacío de la escultura, a la profundidad del aire, ejemplificado en las vigas desnudas que surcan el interior de su caserío de Zabalaga (Hernani), en sus retos al equilibrio espacial... Tindaya, sin embargo, iba a ir más allá: suponía la entrada del hombre en las entrañas de la tierra, la perforación de un hueco de 64.000 metros cúbicos cuya disposición permite un diálogo con el Sol y la Luna gracias a dos embocaduras exteriores, además de una visión del horizonte y el mar a través de un pasillo de acceso que atraviesa la montaña de un lado a otro.

"Hay un problema de diálogo entre lo lleno y lo vacío: ese es el problema de la escultura, la coherencia con que se manipulen esas dos entidades que le son propias desde siempre", había dicho Chillida, que llegaba también a Tindaya marcado por un verso de Jorge Guillén, "lo profundo es el aire", que había sido premonitorio y decisivo en su acercamiento a la montaña. De hecho, la lírica del poeta vallisoletano había sido ya

motivo inspirador para tres homenajes a Jorge Guillén y, con anterioridad, estaban sus grabados para el libro "Más allá", del miembro de la generación del 27, trabajos todos ellos donde el escultor mantiene una tensión con el material que desemboca en el propósito de Tindaya. En 1996, coincidiendo con la presentación de la obra en la Casa de la Cultura de Puerto del Rosario, Chillida reflexionaba sobre el efecto que tiene en la trayectoria de su obra el utilizar al cantero para crear una forma: "Fue una de las primeras intuiciones que se me ocurrió pensando en Tindaya, en la noche esa que me desperté pensando en la montaña. Me dije: 'Los canteros, cuando están sacando la piedra, no se plantean que están metiendo el espacio en la montaña'. En ese momento pensé por primera vez que debía dirigir a los canteros, decirles de qué forma tenían que sacar la piedra y nosotros nos quedaríamos con el espacio que ellos habían creado. Sigo creyendo que es así".

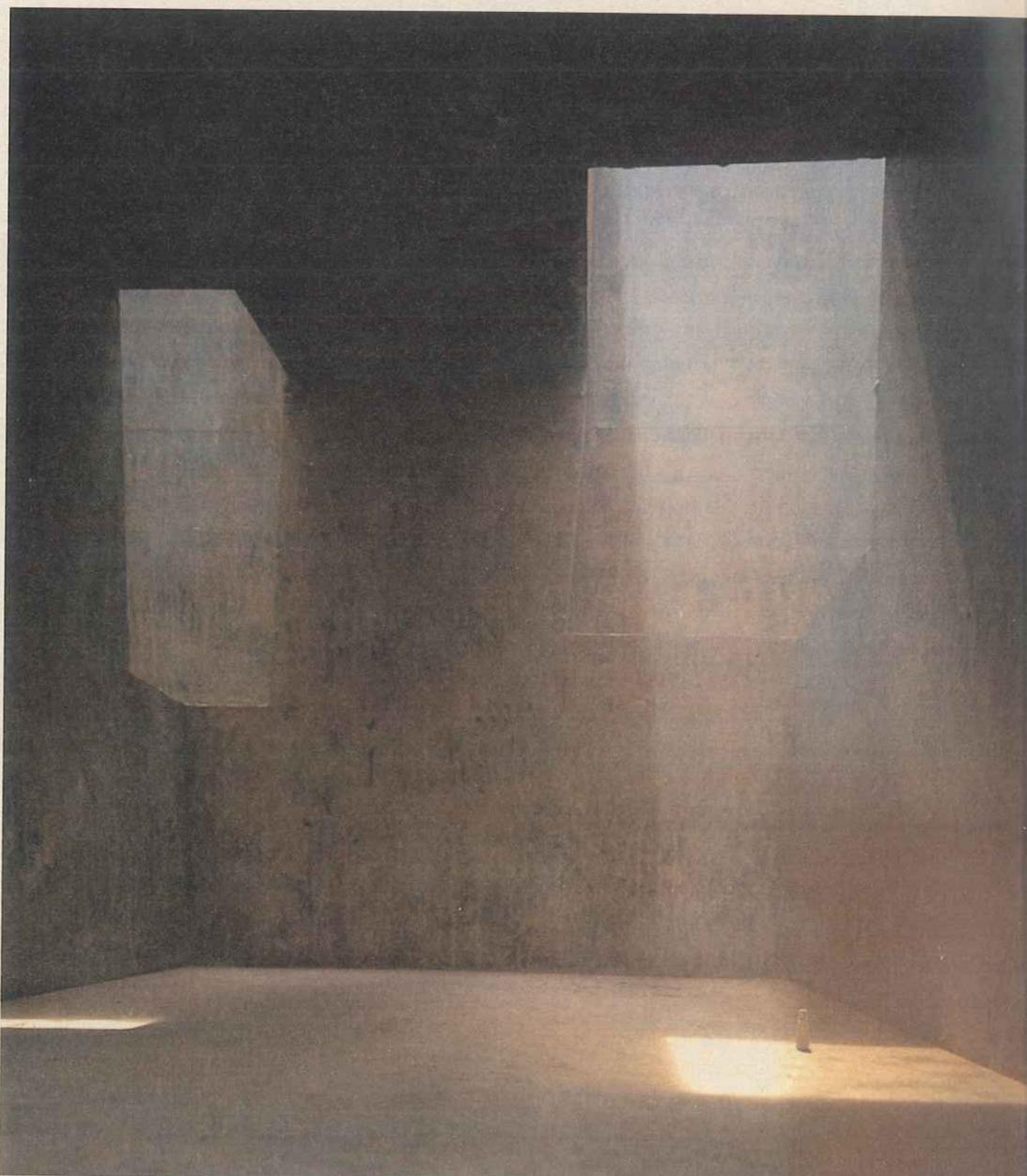
La idea de Chillida para Tindaya entra en campaña, por así decirlo, a partir de la primera exposición pública del proyecto en Fuerteventura. Kosme de Barañano, estudioso de la obra del escultor, y el despacho de ingenieros Fernández Ordóñez, padre e hijo, desarrollan tanto en la parte artística como técnica un gran esfuerzo para hacer comprensible una iniciativa que el propio Chillida se había encargado de advertir que era de difícil entendimiento. Sale a la luz un completo catálogo y la maqueta inicia un periplo por varias ciudades europeas instigado por el autor de "La montaña vacía" -otro de los nombres que se da a la obra-, que pide el máximo conocimiento y debate sobre ella. Chillida, en 1996, en Fuerteventura, vive los insultos del grupo "Salvar Tindaya",

que lo recibe con pancartas nada más bajar del avión, y el escultor, tras volver a San Sebastián, advierte en una carta dirigida a los medios de comunicación que la falta de consenso provocará su retirada. El también escultor canario Martín Chirino, director del Centro Atlántico de Arte Moderno (CAAM), se pronuncia a favor tras unas reticencias iniciales, y un nutrido grupo de artistas y críticos locales firma un manifiesto donde pide que se deje a Chillida explicar su intervención en Tindaya. El Gobierno de Canarias se compromete hasta el final, mientras que las instituciones de Fuerteventura, reacias al principio, se sienten seducidas y ven con optimismo la rentabilidad turística del proyecto. Chillida vuelve a advertir: "No quiero un lugar con ascensores y hoteles..."

El arquitecto José Miguel Fernández-Aceytuno, redactor del plan encargado de dar cobertura legal al vaciado de Tin- →

El vacío y la luz

La simulación con maquetas permite estudiar cómo incidiría la luz del Sol y de la Luna a lo largo del día y la noche en el interior del grandioso espacio vacío. La piedra vertical del suelo da una idea del tamaño de las personas.



CHILLIDA RECUERDA

que una noche se despertó
y pensó: "Cuando sacan
la piedra los canteros no se
plantean que están metiendo
el espacio en la montaña"

aya, lamenta que el procedimiento para poner en manos de Chillida la montaña no haya sido el óptimo, sobre todo en lo concerniente a "cómo llegó la montaña a él". Tindaya tenía sobre su territorio una concesión minera que, desde el principio, se convirtió en el eje sobre el que pivotó la recuperación paisajística y arqueológica de la montaña. Se trataba de una hipoteca con la que tendrían que negociar para poner el espacio a disposición de Chillida, y el Gobierno canario optó por llegar a un acuerdo económico con la propiedad de la concesión: cesaba la explotación, pero a cambio la empresa iba a tomar parte, con derecho a la piedra extraída, en el proceso de creación del gran cubo que Chillida había diseñado para la montaña.

La estrategia seguida desató un agrio debate parlamentario entre la oposición socialista y los nacionalistas en el Gobierno, al considerar los primeros que había sido la fórmula más beneficiosa para el interés privado. La controversia política sobre el proyecto no se ha cerrado aún: el PP, socio de los nacionalistas en el Ejecutivo regional, ha pedido una revisión de los acuerdos para la financiación -8.000 millones de pesetas- de la obra para dar su voto. Chillida, mientras tanto, espera y recibe cartas de los ecologistas que le piden que abandone la idea. Toda una paradoja para un monumento que trata de ser un homenaje a la paz, al siglo que termina; el mismo que con sus fuerzas y contradicciones se esfuerza en lo que, de forma acertada, el arquitecto Fernández Aceytuno llamó "el paradigma de Tindaya".

El municipio de La Oliva, el lugar donde se erige Tindaya, tiene 383.078 kilómetros cuadrados

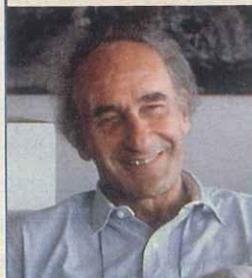
LA ADJUDICACIÓN DEL proyecto es ya un hecho y ahora tienen que comenzar las catas para conocer el interior de Tindaya

de extensión, 6.589 habitantes de derecho y 10.357 camas turísticas. Sólo como ejemplo de la presión turística que soporta baste recordar que entre enero y septiembre de 1996 recibió 260.623 turistas. Sus mandatarios, a la hora de evaluar el servicio que hará Tindaya a la isla, miran hacia su vecina Lanzarote, y a los ingresos que recibe en taquilla por las visitas que miles de personas realizan a los atractivos creados por el artista lanzaroteño César Manrique. Nada más lejos de la concepción poética que Chillida sostiene para el lugar que eligió en 1994 para explicitar su obsesión por el vacío en la escultura: un largo camino de ascenso, sin cemento ni barandillas, por el cual sube el hombre hacia un lugar de culto, de silencio, donde la civilización se extingue y la persona se encuentra consigo misma, quizá la misma experiencia de los que plantaron en la cima -si la hipótesis es así- esos grabados tan secretos y enigmáticos de las tribus que vivieron entre el fuego y las tetas caprinas.

"Como en todo tipo de obras de esta envergadura nunca se sabe cuándo se va a terminar, pero yo espero que pase lo mejor", afirma Eduardo Chillida. La adjudicación del proyecto es ya un hecho, y ahora tienen que comenzar las catas para conocer el interior de la montaña de Tindaya y la redacción de un proyecto técnico. El paso del tiempo parece no preocupar al escultor, que no se cansa de repetir que su intervención allí, entre los parajes conocidos como Llano de Esquinzo y Sobaco de Malpaís, nombres de resonancia surreal, sólo pretende "sacralizar" un mundo que estaba siendo apisonado por la industria. ¿Un mundo? Nada menos que un mundo mágico: Tindaya, lugar donde dicen que los dioses mantenían sus disputas; Tindaya como sitio donde se impartió justicia en asuntos religiosos y también en asuntos político-sociales; Tindaya como emplazamiento de unos misteriosos grabados, cuya orientación obedece a una mirada dirigida por los autores de los mismos al Teide, visible en días claros, y Tindaya como asentamiento de carácter astronómico para estudiar intuitivamente los fenómenos que rigen la lluvia... Y ahora, la montaña de Eduardo Chillida. ●

perfil

LA POESÍA EN EL ESPACIO



"Todo objeto artístico tiene dos componentes esenciales: la arquitectura y la poesía. Debe haber sido sabiamente construida y debe estar dotada de aliento poético; de lo contrario, no hay obra de arte."

Coherente con su definición, Eduardo Chillida (San Sebastián, 1924) comenzó los estudios de Arquitectura en Madrid, en 1943, para acabar volcándose, tres años después, en su vocación escultórica. Se trasladó entonces a París, donde residió varios años. A los 26 años, regresó al País Vasco y se trasladó a Hernani, donde aprendió los secretos de la fragua y el soplete al lado del herrero del pueblo. Hierro, madera, granito, mármol, cemento, acero y cristal son los materiales con los que fue desarrollando su pasión por el estudio del espacio, en una carrera jalonada de los más importantes premios internacionales y que también encuentra plasmación poética en su obra gráfica